

Versaciones de un chupaplumas

Continuará



Porque la intención había sido en un primer momento esa, la de continuar; pero ahora — recordando cómo había, de pie ya él y yo sentado recogiendo los papeles aun, notado su mirada burlona clavada con mucho desprecio en mi coronilla mientras me remedaba en tono zumbón repitiendo un “rifirrafe” que me resultó terriblemente hiriente porque sonaba a “memo” o “gilipollas” — no estaba seguro de si de verdad lo deseaba; o no por ese camino, por lo

menos.

Me quedé mirando a la ventana — ventanal, en realidad, bastante grande como suelen ser en esos sitios — pensando *cómo lo harán, en las casas nunca están tan limpios...*

Te digo que no y punto; sé que dije en voz baja y, a mí mismo sólo en el pensamiento porque, vamos a ver: ¿tú qué quieres?

Ya lo has oído. Me contesté: Algo más.

Garabateaba, mientras tanto, en el reverso de algún papel absurdo, un ojo, una casita, un árbol y redondeles y palabras... *sitios, limpios*, una debajo de la otra y otra vez hasta cinco, o seis, o siete veces; y otro ojo, y una chimenea y humo... *¿tú, que quieres?*

Que llueva.

Imaginando que sería bonito; y si no lo era se ajustaría a algún tipo de esquema... *era, esquema*, complementándose, apoyándose, reforzándose, el ánimo sombrío y goterones, gruesos, rebotando contra los cristales... *¡lástima!*

Te digo que no y punto.

Pero de llover no estaba.

No estaba de llover, y el cielo azul; pero y *qué* si, de fondo, el runrún incansable de una hormigonera.

Así no hay manera.

Y lo escribí también *hormigonera, manera*, pensando en trinos de pájaros que, rompiendo el aire frío de la mañana azul, pondrían el contrap... *¡Mierda!, ¡mierda, mierda, mierda dos veces “azul”!*

¡Mierda!

Versaciones de un chupaplumas

Continuará

Hice una pelota con el papel y lo tiré a la... al cesto de los papeles *no más mierda*.

Llamaron a la puerta.

¿Más mierda?

Anda que, qué mañanita.

Pensé no contestar, *hoy no he venido*, pero en qué otro sitio *podrías estar*; *so imbécil* a las once de la mañana en jueves.

Así que dije *pase y*, una voz desconocida: *aquí lo tiene.*

Mie...

– Su expediente, sí — atajó —: el 27459.

– ¿No había otro? — repliqué, sin poder contenerme.

– Sí, claro — repuso —, pero el que usted necesitaba era éste, pero trasapelado como estaba y, yo, en mi primer día de suplente...

– ¿Qué pasa — quise cambiar de tema por no perder los nervios definitivamente... Carraspeé y seguí, como si nada —, por cierto, con Gutiérrez?

– Tenía ocho días de vacaciones pendientes.

– Estará usted, por tanto, con nosotros hasta el próximo...

– Viernes.

Depositó el expediente sobre la mesa y me preguntó si quería algo más; le contesté con bastante sequedad que *no, gracias*.

Se dio la vuelta, caminó erguido hacia la puerta y, con la mano ya en el picaporte se giró y *ah, se me olvidaba*.

Dijo.

Y que tenía que comer — explicó —, pipas, algo de grano y, muy de tarde en tarde, algún mendrugo...

No continuará, lo juro.